

VI. Conclusiones

Como cualquier disciplina de carácter histórico la Arqueozoología es una ciencia de evidencias incompletas cuando no estrictamente circunstanciales. Basándonos en el siempre dudoso principio de *correlación = causalidad* se evidencian y valoran patrones que, tras una lectura más sosegada, resultan no ser tal cosa. Con la humildad que supone el reconocimiento de estas limitaciones podemos pasar revista a diversas cuestiones que el estudio detallado de los restos de fauna de El Soto de Medinilla parece habernos puesto de manifiesto.

Las primeras etapas de la ocupación corresponden a un tipo de poblamiento aglutinado sobre un total de 2 hectáreas en lo que corresponde a un perímetro urbano que en el período celtibérico bascula hacia un poblamiento extramuros, mucho menos denso, que se extiende sobre un área 5 ó 6 veces superior (10 a 12 hectáreas) en el meandro del Pisuerga. Que esta densidad de poblamiento disminuye en las etapas más tardías lo corrobora el hecho de que el volumen de materiales faunísticos recuperados es muy superior en las ocupaciones de la Primera Edad del Hierro incluso con superficies excavadas más reducidas (Tablas 53, 57 y 58). En realidad, el aporte de fauna durante estas primeras etapas sería más indicativo de dieta que de aspectos colaterales, mientras que las faunas de la Segunda Edad del Hierro nos estarían, además, proporcionando información complementaria, siquiera mínima, sobre posibles estrategias pecuarias y otras cuestiones complementarias.

Sobre este sustrato cultural empiezan a cobrar forma una serie de regularidades que se han ido evidenciando aisladamente en el estudio de la fauna. El primer gran patrón diacrónico de El Soto de Medinilla sería el de la intensificación en la producción, al menos la de origen animal. El drástico colapso de la fauna silvestre durante la etapa celtibérica frente a las cabañas domésticas y en lo que fue la situación durante el Hierro I, por ejemplo, no sólo afecta a todos los índices de cuantificación de abundancia e importancia (NR, NMI,

pesos) (Tablas 13-16; Figuras 37-38 y 83) sino que tiene contrapartidas cualitativas. Entre ellas la disminución de la variedad de la fauna cinegética (Tablas 17-20; Figuras 34-36) al tiempo que (con la aparición del asno) aumenta la diversidad de las cabañas y el reemplazo de la caza mayor (ciervo) por la caza menor (conejo) resultan particularmente ilustrativas (los ciervos pasan del 18% al 6% en peso, mientras que el conejo triplica su tanatoma-sa incrementándose del 2% en el Hierro I al 6% en el Hierro II). De hecho, es más que probable que la aportación cárnica del conejo se encuentre sobredimensionada en las últimas etapas toda vez que el drástico aumento de individuos infantiles en las muestras celtibéricas (7.3% sobre el NMI en el Hierro I frente al 13.4% en el Hierro II) hablan de intrusiones en un grado superior al inferible en las fases Soto I y II.

Otras líneas de evidencia, dentro de las propias cabañas domésticas, apuntan en el sentido de una intensificación en la producción; quizás las más evidente sea la relativa a la progresiva disminución de individuos infantiles tanto de vacuno (Tabla 25, Figura 46) como de ovicaprinos (Tabla 27, Figura 48) y de porcino (Tabla 29, Figura 50) con el paso al período celtibérico; particularmente espectacular es el caso de la cabaña de ovicaprinos donde el número de infantiles/juveniles pasa del 35% en el Hierro I al 22% en el Hierro II (Tabla 27). Posiblemente dentro de este apartado podríamos asimismo incluir el intenso consumo de caballos atestiguado en la Primera Edad del Hierro. De hecho, el que se sacrificasen principalmente animales subadultos (Figura 42) refuerza la noción de un aprovechamiento con exclusividad cárnica y resulta chocante ante el desperdicio que supone obviar los aprovechamientos alternativos que este équido proporciona, (por ejemplo tracción, transporte, etc.). Ante la imposibilidad de segregar el agriotipo de la forma doméstica queda, por supuesto, abierta la posibilidad de que se tratase de caballos silvestres. Ambas opciones podrían ser igualmente válidas (es decir, mayor aporte de la

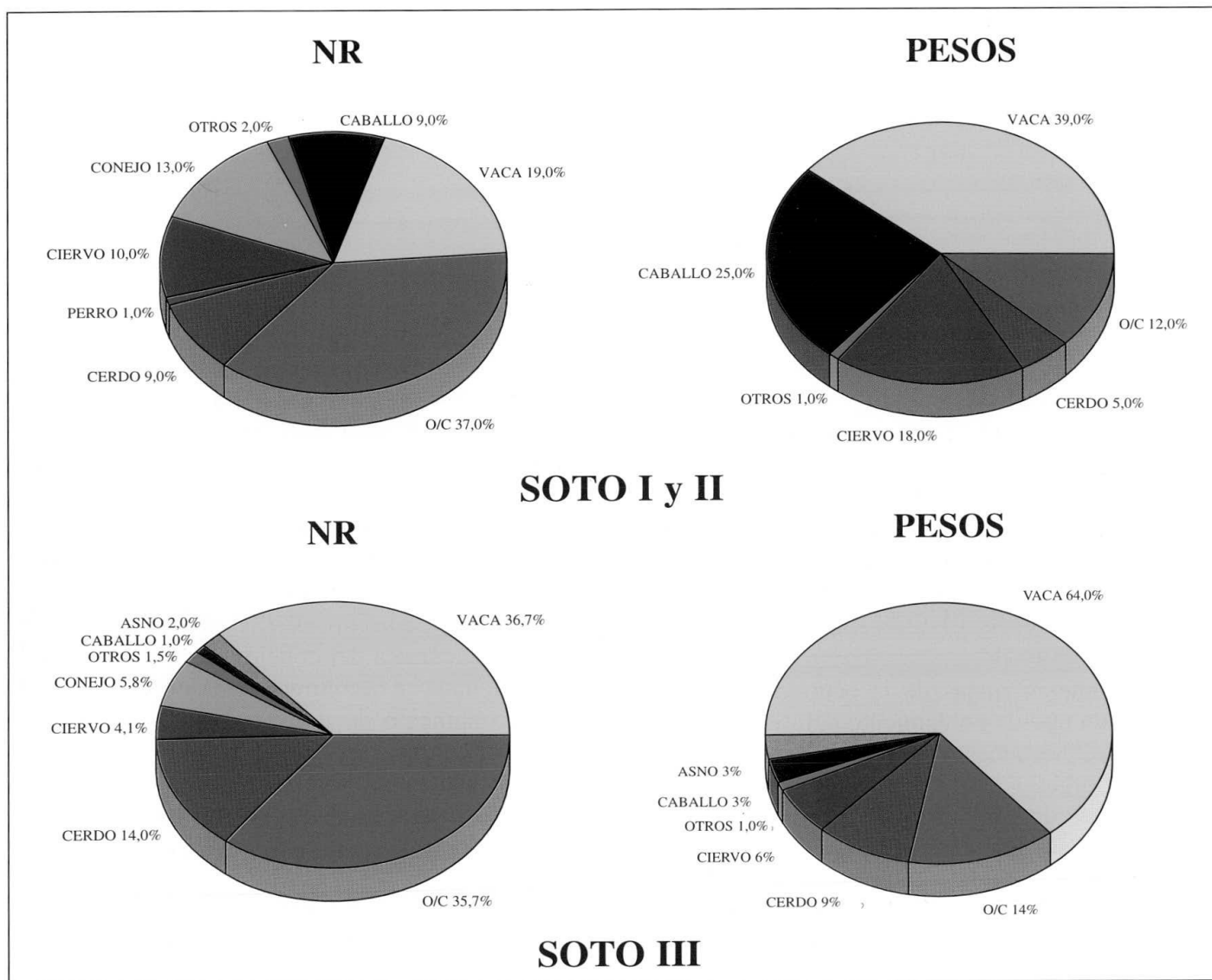


FIGURA 83: NR y Pesos de los taxones domésticos y silvestres recuperados en la Primera Edad del Hierro (Soto I y II) y la Segunda Edad del Hierro (Soto III) en El Soto de Medinilla.

FIGURE 83: Overall NISP and weight values, expressed as percentages, of the various wild and domestic taxa from the First (ie., Soto I and II) and Second (ie., Soto III) Iron Age retrieved at El Soto de Medinilla.

fauna cinegética/menores usos alternativos de las cabañas domésticas durante el Hierro I) a la luz de estos planteamientos. De hecho, la mayor frecuencia de individuos infantiles/juveniles en las ocupaciones más antiguas posiblemente infravalore la situación real de aquellos puesto que, a priori, la menor osificación de las cohortes más jóvenes supone el que desaparezcan o se fragmenten en mayor medida que las de los adultos en el sedimento. La abundancia diferencial y variedad de la fracturación y manipulaciones puede ser asimismo otro indicativo de esta intensificación de la producción animal. Hay muchas líneas de evidencia dentro de este apartado que convergen sobre este punto. En el ganado vacuno, por ejemplo los por-

centajes de huesos con huellas de manipulación pasan del 12% en el Hierro I al 20% en el Hierro II (Tablas 45 y 46) y la variación formal de las huellas es muy superior durante la etapa celtibérica. Los tipos de fracturación son también muy significativos. Así, de nuevo en el vacuno, durante el Hierro II se atestigua la aparición de las epífisis divididas medialmente (Figura 59) con fracturas que se relacionan con la extracción de tuétano, exposición del tejido esponjoso y, en general, con un despiece muy minucioso de las reses.

En todas estas consideraciones nunca debemos perder de vista que los restos analizados son, en última instancia, fundamentalmente producto de consumo por lo que las pautas acerca de estrate-

gias de aprovechamiento pecuario habremos siempre de situarlas en su justo contexto. En este sentido, las bajas frecuencias de determinados taxones (por ejemplo perro, asnos) o de determinados sectores de una cabaña (por ejemplo animales castrados) no tienen porqué reflejarnos mucho más que el hecho de no ser objetos prioritarios de consumo. En concreto consideramos que la escasa frecuencia de bueyes no deberíamos tomarla como representativa de un hecho real sino de un filtro tafonómico/cultural de imposible valoración con la información disponible. Las lecturas directas de datos serían enormemente engañosas.

Es, de nuevo, dentro de este contexto donde debemos situarnos al intentar valorar el segundo de los grandes patrones diacrónicos, a saber la especialización. Aquí la evidencia resulta mucho más sutil si bien continua siendo posible leer entre líneas. Por ejemplo, la otra cara de la moneda del descenso del conjunto de infantiles/juveniles en la etapa celtibérica es la mayor presencia de animales adultos cuyos usos pueden diversificarse notablemente frente al estricto aprovechamiento cárnico de los primeros. En este sentido resulta significativo el que sea precisamente el vacuno la cabaña favorecida puesto que se trata de aquella donde el hombre más puede potenciar usos alternativos. También es destacable el que tal aumento del vacuno se acompañe durante el Hierro II de un proceso general de deforestación y de transformación del paisaje puesto que ello vuelve a incidir sobre la voluntad de que, incluso con cambios que favorecen en principio a los ovicaprinos (por ejemplo aumento de la pradera cerealista), el vacuno continúe siendo la principal fuente de alimento de origen animal. En este caso las abundancias de ovicaprinos posiblemente resulten más equívocas acerca de la importancia real de esta cabaña que en el caso del vacuno. De hecho, además de la drástica disminución de cohortes no adultas en los ovicaprinos aparece un hecho mucho más significativo: la cambiante relación entre ovejas y cabras. Así, desde valores 1:1 durante el Hierro I se pasa a una relaciones de casi 4:1 en favor de la oveja durante el Hierro II. Tal situación tiene una lectura en términos estrictamente paleoambientales (es decir, las cabras habrían sido favorecidas en las etapas cuando la deforestación estaba en curso) como pecuarios, en los que la oveja tendría la ventaja de ofrecer algún producto que la cabra no proporcionaría. Recordemos que las fuentes clásicas hablan de una floreciente producción de lana en la zona y

esto, al menos, nos indica que estas ovejas habrían sufrido alguna mutación que transformó su borra en lana. Por otra parte, este aumento de la oveja en el período celtibérico parece ser un hecho general existiendo yacimientos como el de Cuellar, relativamente próximo al Soto, en donde prácticamente la totalidad de las muestras están constituidas por ovejas, de diferentes edades (A. Morales com. pers). Estas cabañas enlazan con el importante fenómeno del origen y desarrollo de la trashumancia o mejor transterminancia en el valle del Duero por cuanto Cuellar se sitúa en las estribaciones norte del Sistema Central en una tierra de pastos de verano para el ovino. Un último aspecto relacionado con el ascenso de los rebaños de ovejas en el Soto de Medinilla es la constatación tanto directa como indirecta (grandes huesos digeridos, coprolitos) de la presencia de grandes perros en el período celtibérico. Sería aventurado postular que nos encontramos ante la presencia de proto-mastines pero no menos cierto es que tal tipo de evidencia enlaza con el aumento del ovino en aquellos momentos.

La presencia de talleres de trabajo de industria ósea y asta, como el evidenciado en el denominado *Conjunto-Ofrenda*, así como los numerosos enmangues en asta y clavijas óseas de vacuno y algunas otras serradas en diferentes áreas del poblado (los perecederos estuches córneos no han dejado evidencia alguna) atestiguan un aprovechamiento integral de las faunas durante el período celtibérico.

Son muchas las incógnitas planteadas que no tienen lectura en función de estos dos grandes patrones de intensificación y de especialización. Tal sería el caso de la diferente accesibilidad de perros a los restos de vacuno (25% del NR mordido) y del caballo (apenas 10% del NR mordido) (Tabla 48) que parecen indicar la existencia de historias tafonómicas alternativas dentro de cada sector. Ello, por otra parte, no es de extrañar habida cuenta los tamaños muestrales manejados y las áreas excavadas. En este sentido no es posible explicar las diferencias de color de los sedimentos (grisáceos en Soto I y II, amarillentos en Soto III) aunque lo más parsimonioso es asumir que se deba simplemente a los diferentes emplazamientos y contextos durante una y otra etapa.

Aunque guardando ciertas peculiaridades, las muestras faunísticas de El Soto de Medinilla concuerdan “grosso modo” con las sincrónicas del valle del Duero y, en menor medida, con las del alto valle del Ebro, si bien el nivel de comparación

y la ausencia de información complementaria impiden descender a patrones de rango secundario. De una u otra forma, parece que en el Soto nos encontramos con una sociedad que, sin llegar a calificarse de opulenta, si parece haber disfrutado de los suficientes excedentes como para practicar actividades como el comercio e intercambios a larga distancia que quedan atestiguadas, tanto arqueológica (por ejemplo fíbulas de doble resorte, piezas en hierro), como faunísticamente. Entre las faunas exóticas destacan la entrada del asno dentro de las cabañas domésticas y las faunas comensales (gorriones, ratón casero) y marinas (almejas) dentro de las silvestres. Queda por definir la naturaleza de las producciones locales.

Desde el punto de vista paleoambiental queda prácticamente todo por definir. La baja frecuencia de microfauna achacable, en principio, al no cribado de las muestras celtibéricas posiblemente se debe a razones alternativas en parte relacionadas con la funcionalidad, en origen dietaria de la mayoría de los materiales. De hecho, con volúmenes muestrales mayores, el período celtibérico

exhibe un muy superior número de piezas pertenecientes a microfauna (92 vs. 16 moluscos; 10 vs. 3 aves; 18 vs. 2 peces) (R. Moreno, F. Hernández y E. Roselló, todos com. pers). Los pocos puntos de interés susceptibles de ser abordados en esta sección serían demasiado tentativos en función de lo menguado de estas colecciones pero podemos destacar la existencia de, cuando menos, cuatro especies extinguidas en la Península Ibérica o en el valle del Duero en la actualidad (es decir, grulla damisela, pigargo, salmón y la almeja del género *Margaritifera*) que vienen a añadirse al castor entre los mamíferos. Dado que el mundo del Soto desaparece previo al contacto con el mundo romano cabe ahora especular sobre el papel desempeñado por estos en la definitiva desaparición de las especies antes mencionadas en el valle del Duero.

Confiamos que el presente estudio haya servido para establecer las líneas maestras de un más exhaustivo estudio de la fauna pretérita en el valle del Duero desde una perspectiva auténticamente interdisciplinar.